

salido Appio de aquellos desfiladeros, concedió algunos días de descanso á sus soldados, en la llanura llamada Eleón. Clevas, por su parte, habiendo tomado consigo á Filistrato, jefe de los epirotas, penetró por los campos antigonenses. Allí, mientras los macedonios se dispersaban para saquear, Filostrato se colocó en emboscada en un valle cubierto de bosque. La guarnición de Antigonea salió contra los merodeadores desparramados por los campos, y animándose en la persecución de los fugitivos, se precipitó desordenadamente en el valle cercado por el enemigo, donde dejó mil muertos y cien prisioneros. Después de estos dos triunfos, marchó Clevas á acampar cerca de donde se encontraba Appio, para proteger á sus aliados contra los ataques de los romanos. Cansado Appio de perder tiempo en aquel punto, despidió las fuerzas de los caonios, con las que tenía soldados epirotas, regresó á Iliria con las tropas italianas, y después de distribuir las en las ciudades de la Penestia, para que invernasen en ellas, regresó á Roma, donde tenía que celebrar un sacrificio. Por su parte Perseo, habiendo llamado de la Penestia mil infantes y doscientos jinetes, los envió de guarnición á Cassandra. A poco regresó la segunda legación enviada á Gencio, trayendo igual respuesta; lo que no impidió que Perseo renovase muchas veces sus tentativas, para conseguir una alianza que de tanto le habría servido; pero nunca pudo decidirse á hacer el menor gasto en asunto tan ventajoso.

FIN DEL LIBRO XLIII.

LIBRO XLIV.

SUMARIO.

Q. Marcio Filipo penetra en Macedonia.—Legación de los rodios.—Encárgase la guerra á Paulo Emilio: su ruego á los dioses; su marcha á Macedonia y victoria sobre Perseo.—Hostilidades de Gencio, rey de Iliria.—Su derrota y prisión con toda su familia.—Legación del rey Ptolomeo y Cleopatra.—Tentativas de Perseo cerca de Eumeno y Gencio.

Al comenzar la primavera que siguió al invierno en que acontecieron estas cosas, el cónsul Q. Marcio Filipo partió de Roma con cinco mil hombres destinados á reforzar las legiones de Macedonia y llegó á Brindis. M. Popilio, varón consular, y otros jóvenes romanos de nobles familias siguieron al cónsul á Macedonia con el título de tribunos de los soldados. El pretor C. Marcio Fígulo, que tenía el mando de la flota, acudió al mismo tiempo á Brindis y juntos dejaron la Italia; recalaron en Corcira al día siguiente y al tercero llegaron á Accio, puerto de la Acarnania. Habiendo desembarcado el cónsul cerca de Ambracia, se dirigió por tierra á Tesalia. El pretor, después de doblar el promontorio de Leucata, entró en el golfo de Corinto, dejó las naves en Creusa, continuando el camino por tierra, atravesó la Beocia, y con rápida marcha de un día, se reunió á la flota en Calcis. Encontrábase entonces A. Hostilio acampado

en Tesalia, en las inmediaciones de Palafarsalo. Si no se había distinguido por ningún hecho de armas brillante, había sabido al menos sustituir á desenfadada licencia la severidad de la disciplina militar, había hecho respetar á los aliados y les había puesto al abrigo de todo atentado. Á la noticia de la llegada de su sucesor, inspeccionó cuidadosamente las armas, los hombres y los caballos, mandó que se armasen las tropas y salió al encuentro del cónsul. Su primera entrevista fué digna de su rango y de la grandeza del nombre romano, y más adelante en la dirección de los negocios... Algunos días después el cónsul arengó á los soldados, recordando primeramente el fratricidio de Perseo y sus tentativas de parricidio, y diciendo: «Dueño Perseo del trono por un crimen, envenenador y homicida, cobarde asesino de Eumeno, no ha cesado de ultrajar al pueblo romano, de saquear las ciudades de nuestros aliados con desprecio de los tratados; pero ha llegado el momento, y muy pronto sabrá como reprobaban los dioses sus atentados. Porque los dioses protegen la piedad y la buena fe, dos virtudes que han hecho la grandeza de Roma.» En seguida comparó las fuerzas y los ejércitos del pueblo romano, dueño ya del mundo, con las fuerzas y ejércitos de la Macedonia. «¿Filipo y Antioco no eran enemigos mucho más poderosos que Perseo? ¿Se necesitaron mayores huestes para vencerlos?»

Después de excitar con sus exhortaciones el ardor de los soldados, se dedicó á combinar el plan de campaña. El pretor C. Marcio, que había tomado á Calcis y mandaba la flota, se le reunió, y quedó decidido que sin detenerse más en Tesalia partirían inmediatamente, dirigiéndose á Macedonia, tomando sus disposiciones el pretor para llegar al mismo tiempo por mar al país enemigo. Habiendo despedido el cónsul al pretor, mandó á sus soldados que se proveyesen de provisiones para un

més, y se puso en marcha al décimo día de su llegada al campamento. Después de una jornada, pidió guías, y les consultó acerca del camino que cada uno creía deber seguir. En seguida les mandó retirarse, y celebró consejo para decidir lo más conveniente; opinando unos por Pithio, otros por los montes Cambunios, que el cónsul Hostilio había atravesado el año anterior; otros opinaban por pasar á lo largo de la laguna Ascurides. Algo había que andar aún hasta el punto en que se divide el camino, y se aplazó la resolución hasta la llegada á aquel paraje de campamento. El cónsul mandó continuar la marcha por la Perrhebia y se detuvo entre Azoro y Doliche para celebrar consejo de nuevo acerca del camino que se debía seguir. Entretanto Perseo, que había tenido noticia de la aproximación del enemigo, pero que ignoraba la dirección que seguía, decidió cerrar todos los pasos. Envió diez mil hombres armados á la ligera, bajo el mando de Asclepiodoto, para ocupar las alturas de los montes Cambunios, conocidas con el nombre de Volustana. Hippias recibió la orden de guardar con doce mil macedonios el desfiladero inmediato al fuerte llamado Lapatho, que dominaba la laguna Ascurides; y Perseo acampó primeramente en las inmediaciones de Diom con el resto de sus fuerzas, pareciendo que le había dominado en seguida el aturdimiento y la irresolución, porque recorrió con la caballería ligera la extensión de las costas, en tanto hacia Heraclea, en tanto hacia Filas, regresando en seguida á Diom.

Entretanto se decidió el cónsul á pasar por el desfiladero inmediato á Ortolofo, donde dijimos estuvo el campamento del rey... Pero destacó cuatro mil hombres para que se apoderasen de los puntos más ventajosos, á las órdenes de su hijo Q. Marcio y de M. Claudio. En seguida se puso en marcha todo el ejército; pero el ca-

BIBLIOTECA DE ESTADIA
CAPILLA ALFONSO X

mino era tan áspero, tan pedregoso y difícil, que la vanguardia, aunque armada á la ligera, apenas pudo adelantar quince millas en dos días, acampando en el sitio llamado Torre Eudieru. Al día siguiente, después de recorrer siete millas, ocupó una altura inmediata al campamento de los macedonios y se dió parte al cónsul de que se estaba cerca del enemigo, y de que se había elegido una posición segura y favorable bajo todos conceptos; rogándole al mismo tiempo que acudiese lo más pronto posible. Alarmaban mucho al cónsul las dificultades del camino que había emprendido y los peligros que corría el débil destacamento, aventurado en medio de las tropas enemigas; pero aquella noticia, que recibió en la laguna Ascurides, le reanimó, reuniéndose con la vanguardia y acampando en la ladera de la altura más ventajosa. Aquella eminencia ofrecía extenso panorama, descubriéndose no solamente el campamento enemigo, que distaba más de una milla, sino que también toda la comarca hasta Dium y Fila y las costas del mar. Sentíanse animados los soldados de nuevo ardor al verse tan cerca del momento decisivo y al contemplar las tropas del rey y el país enemigo. Con instancias pedían al cónsul que les llevase inmediatamente al combate; pero el cónsul les dió un día para descansar de las fatigas de la marcha, y al tercero, después de dejar parte de las tropas para guardar el campamento, marchó contra el enemigo.

El rey había enviado á Hippas para que defendiese el paso; y en cuanto vió á los romanos acampados en la altura, exhortó á sus soldados para que combatesen, avanzando al encuentro del ejército del cónsul. De una y otra parte se destacaron las tropas ligeras, porque eran las más á propósito para trabar vivamente el ataque, llegando en seguida á distancia y lanzándose los venablos. Esta pelea dió por resultado muchos heridos

de uno y otro lado, pero pocos muertos. La lucha animó á los soldados. Á la mañana siguiente los dos ejércitos habrían comenzado de nuevo con más energía y encarnizamiento, á tener espacio en que desplegarse; pero la cumbre de la montaña, que terminaba en estrecho cono, apenas dejaba espacio á los combatientes para mantenerse tres de frente, por cuya razón muy pocos soldados tomaban parte en la pelea, quedando como espectadores los demás, especialmente los que llevaban armas pesadas. Las tropas ligeras corrían por las revueltas de la montaña, cogiendo de flanco á los adversarios y atacándoles por todas partes, sin elegir el terreno. También aquel día resultaron muchos más heridos que muertos, suspendiendo la noche el combate. Al tercer día, el general romano tuvo que tomar un partido decisivo, no siéndole posible permanecer en una montaña estéril, ni retroceder sin vergüenza y hasta sin peligro; porque el enemigo podía caer sobre él desde las alturas y hostigarle en la retirada; no quedándole otro recurso para reparar el atrevimiento de su empresa que persistir en ella, medio que algunas veces justifica el éxito. Tal era su posición que, si hubiese tenido que habérselas con un enemigo parecido á los antiguos reyes de Macedonia, le amenazaba un gran desastre; pero el rey, que recorría las costas con su caballería en los alrededores de Dium, y que, á la distancia de doce millas, casi podía oír el ruido de la batalla y los gritos de los combatientes, no pensó ni en aumentar sus fuerzas reemplazando con tropas frescas los soldados fatigados, ni asistir personalmente al combate, donde tan importante era su presencia. El general romano, por el contrario, á pesar de sus sesenta años y su excesiva obesidad, cumplía todos los deberes de buen general, perseverando noblemente hasta el fin en su audaz empresa. Dejando á Popilio la guarda de la altura, hizo marchar

un destacamento encargado de abrirle paso en medio de los caminos más impracticables, y mandó á Atalo y Misageno que sostuviesen con los auxiliares de su nación á los que debían abrir el camino. En cuanto á él, hizo que le precediesen la caballería y los bagajes y cerró la marcha con las legiones.

Con indecibles dificultades se realizó el descenso, continuamente entorpecido por la caída de las bestias de carga y de los bagajes. Cuando adelantaron cuatro millas, lo que más deseaban todos era retroceder. Los elefantes ocasionaban en la marcha casi tanto desorden como hubiese podido producir el enemigo. Cuando llegaban á parajes escarpados, derribaban á sus conductores y lanzaban gritos terribles que asustaban mucho á los caballos. Al fin se encontró medio de hacerles avanzar, colocando en la vertiente de la montaña largos y fuertes maderos clavados en el suelo, separándolos un poco más de la longitud del elefante; por encima de los maderos colocaron tablas de cerca de treinta pies de largas, formando como un puente, y las cubrieron de tierra. Algo más abajo construyeron otro puente, después otro, y así sucesivamente mientras se prolongaron los barrancos. El elefante entraba desde terreno firme en el puente, y antes de que llegase al otro extremo cortaban los maderos, el puente bajaba y el animal se veía obligado á dejarse ir suavemente hasta la entrada del otro puente, bien deslizándose sobre los pies, bien encogiéndose hasta que encontraba otro puente ó terreno firme; entonces le hacía experimentar otra caída semejante á la primera, y de esta manera llegaron los romanos al valle. Aquel día no adelantaron más de siete millas, y por mucha parte del camino solamente pudieron avanzar rodando con las armas y bagajes, y venciendo toda clase de dificultades. El general y el mismo guía tuvieron que confesar que habría bastado un pu-

ñado de hombres para exterminar todo el ejército. Al obscurecer llegaron á una llanura pequeña, y como por todas partes estaba cerrada, fué imposible reconocer si la posición era peligrosa. Pero los romanos se alegraban de haber encontrado un punto donde poder acampar, viéndose obligados á esperar todo el día siguiente, en el fondo de aquel valle, á Popilio y sus soldados. Aquellas fuerzas, sin que las hubiese inquietado el enemigo, habían sufrido mucho también por las dificultades del camino. Habiéndose reunido el ejército al tercer día partió por el desfiladero que los habitantes llaman Calipeuces. Al cuarto día bajaron á la llanura por un camino muy escarpado también, pero la costumbre se lo hizo más practicable, sosteniendo su confianza la ausencia del enemigo y la proximidad del mar, y colocando el campamento entre Heraclea y Libethro; quedando la infantería en las colinas y la caballería en la llanura que aquellas colinas abrazaban.

Dícese que el rey estaba en el baño cuando le anunciaron la llegada del enemigo, á cuya noticia salió precipitadamente, dominado por el terror y exclamando que le habían vencido sin combatir; en su espanto toma disposiciones y da órdenes contradictorias. Envió dos amigos suyos, uno á Pela, donde estaban depositados sus tesoros, y otro á Tesalónica: llamó de sus puestos á Hippias y Asclepiodoto, y dejó todos los pasos abiertos al enemigo. En seguida mandó embarcar todas las estatuas de oro de Dium para que no cayesen en poder del enemigo, y trasladarlas precipitadamente á Pidna. Así, pues, lo que pudo parecer por parte del cónsul un acto temerario al comprometerse en un camino que en seguida había de cerrarle el enemigo, tomó el aspecto de golpe atrevido y bien meditado. En efecto; los romanos solamente tenían dos pasos para retirarse; uno del lado de Tesalia, por el valle de Tempe; el otro,

por el de Macedonia, pasando bajo las murallas de Dium: ahora bien; las tropas del rey guardaban estos dos pasos. Si los romanos hubiesen tenido que luchar con un general intrépido, que hubiese osado arrostrar la primera alarma y resistir seis días solamente, no habrían podido retirarse por Tempe á Tesalia ni recibir víveres por ningún lado; porque sin hablar de los obstáculos que allí pueden encontrarse durante la guerra, en todo tiempo se llega con dificultad á las gargantas de Tempe, además de que el camino, en el espacio de cinco millas es tan estrecho, que apenas puede pasar una bestia cargada, rodeándole tajos tan hondos, que no puede mirarse abajo sin experimentar mareos y vértigos. El ruido del Peneo, cuyas profundas aguas atraviesan el valle, aumenta el terror. Este paraje, tan peligroso ya por su propia naturaleza, lo ocupaban en cuatro puntos las tropas del rey. Un cuerpo estaba situado en Gonnos á la entrada misma del desfiladero; otro en Condilo, en un fuerte inexpugnable; el tercero cerca de Lapatho, en el sitio llamado Charax, y el cuarto en el centro del valle, en el paso más estrecho, que diez hombres podían defender fácilmente. No tenían por consiguiente medio de recibir víveres ni de regresar por Tempe, habiendo sido necesario volver á escalar las montañas por donde habían bajado. Pero lo que habían hecho burlando la vigilancia de los macedonios, no podían repetirlo delante de un enemigo que ocupaba las alturas; además, el recuerdo de las dificultades que habían experimentado les hubiese acobardado de antemano. Después de aquella atrevida tentativa, no les quedaba otro recurso que el de pasar por medio de los enemigos para penetrar hasta Dium, en Macedonia; proyecto casi imposible de ejecutar, si los dioses no cegaban al rey. En efecto; desde la falda del monte Olimpo hasta el mar hay un poco más de una milla, cubriendo la mitad del terreno

los desbordamientos del río Bafiro que desemboca allí, sirviendo la otra parte de emplazamiento al templo de Júpiter y á la ciudad. El espacio que media es muy estrecho y era fácil cerrarlo con un foso y un parapeto; teniendo además al alcance de la mano bastantes piedras y madera para levantar una muralla ó torres. Pero cegado Perseo por el terror, no pensó en nada, dejó todos los pasos abiertos al enemigo y se refugió en Pidna.

Alentado y enardecido el cónsul por la imprevisión y cobardía de Perseo, envió á Larisa un mensajero para dar orden á Sp. Lucrecio de que se apoderase de todos los fuertes inmediatos á Tempe, abandonados por el enemigo, y encargó á Popilio que reconociese todos los pasos en las inmediaciones de Dium. Cuando vió que todos los caminos estaban libres, se puso en marcha, llegó sin obstáculos hasta Dium y mandó acampar en la puerta misma del templo para evitar toda profanación; entrando en seguida en la ciudad, donde encontró, á pesar de su pequeñez, muchos edificios públicos y estatuas; la ciudad estaba además bien fortificada, por cuya razón apenas podía creer que el abandono de puesto tan importante no ocultase algún lazo. Después de emplear un día en reconocer todos los alrededores, partió, y creyendo que le bastaría su provisión de trigo, avanzó aquel día hasta el río Mitys. Al siguiente continuó la marcha, rindiéndosele á discreción la ciudad de Agassa, y con objeto de conciliarse el resto de Macedonia, se contentó con recibir rehenes sin imponer guarnición á los habitantes y prometiéndoles dejarles sus franquicias y sus leyes. Después de otro día de marcha acampó en las orillas del Alcorda; pero viendo que cuanto más se alejaba de la Tesalia, más desprovisto se encontraría de todo, regresó á Dium: viéndose entonces claramente por el peligro que había en alejarse de la Tesalia lo que habrían padecido si

Perseo hubiese cerrado los pasos. El rey reunió sus tropas y capitanes y reconvino agriamente á los jefes de las plazas, y con especialidad á Asclepiodoto é Hippas, á quienes acusó de haber entregado á los romanos la entrada de Macedonia, acusación que nadie merecía más que él. El cónsul comenzaba á padecer por la escasez y casi total falta de víveres: al ver la flota en el mar, esperó que le trajese provisiones, pero cuando entró en el puerto supo que las naves de transporte habían quedado en Magnesia. Su posición, sin que la agravase la presencia del enemigo, ofrecía por sí misma muchas dificultades; pero cuando se encontraba luchando con ellas, recibió muy oportunamente una carta de Sp. Lucrecio en la que le participaba que se había apoderado de todos los fuertes que dominan el valle de Tempe en las inmediaciones de Fila, encontrando considerable cantidad de trigo y de provisiones de toda clase.

Regocijado con esta noticia, marchó el cónsul de Dium á Fila, proponiéndose reforzar la guarnición y suministrar á sus tropas víveres que hubiese sido muy largo hacer transportar. No se interpretó favorablemente aquella marcha; censurándole unos haber temido que permanencia más larga en Dium le obligase á batirse con el enemigo; acusándole otros de haber desconocido las diarias peripecias de la guerra, diciendo que había dejado perder una ocasión favorable que no volvería á encontrar. En efecto; en cuanto salió de Dium, el enemigo se rehizo y pensó al fin en recobrar lo que había perdido por culpa suya. Al enterarse de la marcha del cónsul, Perseo regresó á Dium; mandó reconstruir las obras destruídas por los romanos, reponer las almenas y reparar por todas partes las fortificaciones. En seguida marchó á acampar á cinco millas de la ciudad, á este lado del Enipeo, cuyas difíciles orillas podían servirle de fortificaciones. Este río brota al pie

del monte Olimpo. Sus aguas, escasas en estío, aumentan con las lluvias de invierno, corren impetuosamente entre los peñascos y arrastrando hasta el mar las tierras desprendidas, se abre profundo lecho, formando espantoso abismo entre sus escarpadas orillas. Creyendo Perseo que aquel río detendría al enemigo en su marcha, se proponía aplazarlo todo hasta la terminación del verano. Pero el cónsul mandó marchar á Popilio de Fila á Heraclea con dos mil hombres. Esta ciudad, construída sobre un peñasco que domina el río, dista unas cinco millas de Fila, entre Dium y Tempe.

Popilio, antes de hacer marchar á sus soldados contra la ciudad, envió un mensaje á los magistrados y habitantes principales, invitándoles á aceptar la protección y clemencia de los romanos más bien que afrontar sus armas; pero no atendieron al consejo, porque los sitiados veían las hogueras del campamento real en las orillas del Enipeo. Entonces Popilio, de acuerdo con la flota, fondeada cerca de la playa, puso en juego toda clase de máquinas. Algunos jóvenes romanos, aplicando á la guerra los ejercicios del circo, llegaron al pie de las murallas. Aún no se había imaginado en Roma llenar el circo de inmensa cantidad de fieras traídas de todas las partes del mundo, sino que buscaban especialmente la variedad de espectáculos. Las carreras de carros y la de caballos no duraban más de una hora. Entre las diversiones que se celebraban veíanse entrar en el circo sesenta jóvenes completamente armados y máyor número aún en los juegos más solemnes. En tanto representaban un ejército en batalla, en tanto se entregaban á graciosas luchas, que menos parecían combates que ejercicios de gladiadores. Después de varias evoluciones, formaban un cuadro y colocaban los escudos sobre las cabezas, estrechándose unos contra otros; la primera fila permanecía de pie, la segunda se inclinaba un

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA CENTRAL

poco, la tercera más, y así sucesivamente hasta la última, que ponía rodilla en tierra, construyendo así una manera de bóveda inclinada cuya parte superior terminaba como la de un techo. Entonces dos guerreros armados se lanzaban á la distancia de cincuenta pasos, se desafiaban y ganando lo alto de aquella bóveda de escudos, en tanto corrían sobre las orillas como para defenderse, en tanto volvían al centro, donde peleaban y se movían como sobre terreno firme. Los sitiadores aplicaron, pues, á la muralla una bóveda de esta clase: hombres armados subieron á ella hasta la altura de la muralla y se encontraron frente á frente con los sitiados, rechazándolos y penetrando dos manípulos en la ciudad. La única diferencia que hubo entre aquella tortuga y la primera fué que en la primera fila y los costados los soldados no llevaban el escudo levantado sobre las cabezas, sino que los conservaban, como en los combates, para cubrirse; de esta manera, los venablos lanzados desde la muralla no alcanzaban á los que se acercaban, sino que resbalaban como la lluvia sobre la superficie del testudo y caían al suelo sin causar daño. El cónsul, después de apoderarse de Heraclea, acampó allí, proponiéndose marchar en seguida á Dium, arrojar al rey y pasar después á Pieria. Mas pensando ya en preparar la invernada, mandó reparar los caminos para el transporte de víveres que debían venir de Tesalia, elegir puntos favorables para almacenes y construir alojamientos para los encargados de los abastecimientos.

Repuesto Perseo de su primer terror, hubiese querido que le desobedecieran cuando en su miedo mandó arrojar al mar sus tesoros de Pela y quemar sus naves en Tesalónica. Andrónico, á quien envió á esta ciudad, retrasó la ejecución de las órdenes del rey para dar tiempo á que se arrepintiese, y los hechos justificaron su

condueta. Menos previsor Nicias, había arrojado al mar todos los tesoros que encontró en Pela. Pero la pérdida no fué grave, porque casi todo lo sacaron los buzos. De tal manera se avergonzó el rey de su miedo, que hizo asesinar secretamente á los buzos y poco después á los mismos Andrónico y Nicias, con objeto de que no quedasen testigos de orden tan insensata. Entretanto C. Marcio partió de Heraclea con la flota para trasladarse á Tesalónica, y desembarcó destacamentos en varios puntos de la costa, taló la comarca, derrotó á los habitantes en varios encuentros y los rechazó hasta sus murallas. Amenazando estaba ya de cerca á la ciudad, pero los sitiados, poniendo en movimiento máquinas de toda clase, hicieron llover piedras, no solamente sobre los que se encontraban cerca de las murallas, aproximándose con imprudencia, sino que también sobre los que habían quedado en las naves. Marcio reembarcó sus soldados, levantó el sitio y se dirigió á Enia, ciudad situada á quince millas de Tesalónica, enfrente de Pidna, en país fértil. Los romanos devastaron la comarca, y continuando á lo largo de la costa, llegaron á Antigonea. Allí desembarcaron, talaron la comarca y trasladaron el botín á las naves. Pero encontrándoles dispersos los macedonios, les atacaron, persiguiéndoles jinetes y peones y rechazándoles hasta el mar, habiéndoles causado cerca de mil quinientos muertos y cogido otros tantos prisioneros. Viendo los romanos que no podían embarcarse sin correr graves peligros, encontraron nuevas fuerzas en su furor y desesperación. Trabóse de nuevo el combate en la playa, acudiendo á ayudar á los romanos los que se encontraban en las naves. Cerca de doscientos macedonios quedaron sobre el terreno y otros doscientos cayeron prisioneros. De Antigonea se dirigieron los romanos al territorio de Pale-na, desembarcando para talarlo. Este país, que toca á

las fronteras de Cassandrea, era el más fértil de cuantos habían costeado, y allí se les reunió el rey Eumeno, que había partido de Elea con veinte naves cubiertas; Prusias les envió cinco naves iguales.

Este aumento de fuerzas dió ánimos al pretor para atacar á Cassandrea, ciudad fundada por el rey Cassandro en las gargantas que unen el territorio de Palena con el resto de Macedonia; defendiéndola, por un lado, el golfo de Toronea, y por el otro el de Macedonia. La lengua de tierra en que se encuentra edificada avanza en el mar tanto como el monte Athos y presenta á la Magnesia dos promontorios desiguales, de los que el más alto se llama Posideo y el más pequeño Canastreo. Decidiéndose atacar por varios puntos, el romano lo hizo por el llamado Clites, prolongando los parapetos desde el golfo de Macedonia hasta el de Toronea, colocando por todas partes ciervos (1) para cerrar todas las salidas. Eumeno se dirigió al otro lado, donde existía un foso que Péaseo acababa de abrir. Mucho trabajo costaba á los romanos cegar-lo. No viendo el pretor en ninguna parte tierras amontonadas, preguntó dónde estaban las que debían haber extraído del foso, y le contestaron mostrándole bóvedas, diciéndole que no tenían el espesor de las murallas antiguas y que estaban construídas con una sola fila de ladrillos; por lo que tomó el partido de hacer horadar aquella barrera y abrirse por allí camino á la ciudad, esperando engañar á los habitantes haciendo escalar las murallas por el lado opuesto, con objeto de infundir alarma y que acudiesen á aquella parte los esfuerzos de los defensores. Además de la valiente juventud de Cassandrea, tenía la plaza belicosa guarnición, compuesta de ochocientos

(1) Estacas bifurcadas en un extremo, como los cuernos del ciervo, cuyo nombre llevan. Clavábanlas en el suelo para formar las empalizadas y sujetar la tierra de los parapetos.

agrienos y de mil penestos ilirios que había enviado Pleurato. Mientras defendían las murallas contra los ataques de los romanos, los trabajadores horadaron en poco tiempo las bóvedas y abrieron paso á la ciudad, de la que se hubiesen apoderado en el acto, de haber tenido armas. Al enterarse los soldados del éxito de aquella operación, lanzaron alegres gritos y se dispusieron á penetrar por todas partes en la ciudad.

El enemigo quedó al pronto estupefacto, no comprendiendo la razón de aquellos repentinos gritos. Pero los prefectos Pythón y Filipo se enteraron en seguida de que habían practicado una brecha, y persuadidos de que aprovecharía al primero que la ocupase, salieron con fuerte destacamento de agrienos é ilirios, cayendo sobre los romanos, que acudían de todos lados, reuniéndose apresuradamente para entrar en la ciudad. Los macedonios les rechazaron á favor de aquel desorden, persiguiéndoles hasta el foso, derribándoles y aplastándoles bajo los escombros. Cayeron muertos más de seiscientos romanos, y casi todos los que se encontraban entre el foso y la muralla quedaron heridos. Vencido el pretor con sus propias armas, desplegó más cautela en sus tentativas. No era Eumeno más afortunado en los ataques que dirigía por mar y tierra, por lo que los dos se decidieron á reforzar la línea de soldados alrededor de la plaza para impedir á los macedonios que introdujesen ningún socorro y á establecer un bloqueo regular, puesto que no tenían resultado los ataques á viva fuerza. Mientras hacían estos preparativos, diez barcas, tripuladas por hombres escogidos de auxiliares galos, que Péaseo había enviado de Tesalónica, viendo las naves enemigas sobre la playa, avanzaron en fila á lo largo de la costa, y á favor de la noche penetraron en la ciudad. La llegada de aquellos refuerzos obligó á los romanos y al rey á levantar el sitio, doblando el

BIBLIOTECA DE ESTADIA
CAPILLA ALFONSO
1874

promontorio y yendo á abordar á Toroneo. Disponíanse á atacar esta plaza, pero viéndola defendida por fuerte guarnición, renunciaron á la empresa y se encaminaron á Demetriades. Al acercarse á la ciudad vieron las fortificaciones llenas de soldados, por lo que pasaron de largo, yendo á desembarcar en Yolcos, con objeto de talar la comarca inmediata y volver en seguida para atacar á Demetriades.

Entretanto el cónsul, no queriendo permanecer en completa inacción en el territorio enemigo, ordenó á M. Popilio que marchase con cinco mil hombres contra Melibea, ciudad situada al pie del monte Ossa, en la vertiente de Tesalia, ocupando posición ventajosa que domina á Demetriades. La llegada del enemigo alarmó al pronto á los habitantes, pero repuestos en seguida de su primer temor, acudieron armados á la puerta y murallas, para proteger los puntos débiles, é hicieron perder en seguida á los romanos la esperanza de tomar la ciudad por asalto, por lo que se prepararon á poner sitio formal, comenzando los trabajos. Enterado Perseo de que el ejército del cónsul sitiaba Melibea, y de que la flota fondeaba en Yolcos, dispuesta á dirigirse á Demetriades, envió en seguida á Melibea un capitán llamado Eufranor, con dos mil hombres escogidos; recomendándole, si conseguía levantar el sitio de Melibea, que penetrase en Demetriades por caminos extraviados, antes que los romanos partiesen para aquella ciudad. Viendo de pronto los sitiadores al enemigo en las alturas, abandonaron precipitadamente los trabajos, prendiéndoles fuego. Libre Melibea de esta manera, Eufranor se dirigió á Demetriades, cuyos habitantes enardecidos con su presencia creyeron poder defender no solamente la ciudad, sino que también las cercanías de las devastaciones del enemigo, cayendo sobre los merodeadores é hiriendo á considerable número de ellos. A

pesar de esto, el pretor y Eumeno recorrieron el contorno de la plaza y examinaron atentamente su posición, para ver si podrían tomarla por asalto ó tendrían que sitiarla en forma. Corrió por entonces el rumor de que se entablaron negociaciones por mediación del cretense Cydas y de Antimaco, prefecto de Demetriades. Sea como quiera, Demetriades quedó abandonada, y Eumeno marchó á ver al cónsul y le felicitó por su entrada en Macedonia, dirigiéndose en seguida á Pérgamo. El pretor Marcio Fígulo envió parte de su flota á Sciathos para invernar, y él se dirigió con las naves restantes á Orea, en Beocia, considerando aquella ciudad como la mejor situada para hacer llegar víveres á los ejércitos que se encontraban en Macedonia y Tesalia. En cuanto á Eumeno, se refieren de distinta manera los hechos. Según Valerio Ancias, no acudió con su flota en socorro del pretor, á pesar de las apremiantes cartas que recibió, sino que se separó bruscamente del cónsul y regresó al Asia, disgustado porque no le permitieron acampar con los romanos; no consintiendo tampoco en dejar la caballería gala que había llevado. Por el contrario, su hermano Atalo permaneció con el cónsul, le fué fiel constantemente y no cesó de prestarle servicios señalados en toda la campaña.

Durante la guerra de Macedonia, presentáronse en Roma legados de un reyezuelo de los galos transalpinos (llamado Balanos; pero se ignora sobre qué pueblo reinaba), ofreciendo socorros contra los macedonios. El Senado dió gracias á los legados y los regaló un collar de oro de dos libras, copas de oro que pesaban cuatro libras, un caballo enjaezado y una armadura de caballero. Después de los galos se presentaron legados de Pamfilia, ofreciendo en el Senado una corona de oro por valor de veinticinco mil filipos y pidiendo permiso para colocarla en el templo de Júpiter Optimo